

Resumiendo, a lo largo de aquel primer período del dominio seléucida en Jerusalén, los hombres piadosos no tuvieron de qué quejarse. Las modas griegas progresaron, pero la antigua escuela grave continuaba floreciendo. El sumo sacerdote era como un auténtico soberano: mandaba ejecutar obras públicas, fortificaba la ciudad y la ponía a salvo de un asedio. Nadie, sin embargo, pensaba que la tal ciudad tuviese el menor valor militar. A los griegos les parecía Jerusalén un templo, y según la costumbre de las etimologías de la época, los helenitas transcribieron el antiguo nombre jebuseo como si empezase por *Hiero*...

El judío era considerado principalmente hombre piadoso, pero también era hombre de orden, que desempeñaba bien los encargos que se le daban, siempre que se le dejara en paz observar su ley. Lo que iba formando la *Thora* era una burguesía reglamentada, piadosa y razonable a un tiempo, como los pietistas protestantes de Inglaterra y América.

Además existían judíos epicúreos, voluptuosos, ambiciosos, que carecían casi totalmente de fe religiosa. La sencillez de las ideas judías siempre ha producido los dos extremos. El ateo en Israel se codea con el fanático. En las familias de los sumos sacerdotes se advertían más estos escándalos. El dinero que llegaba a las manos de los sacrificadores hacía de ellos casi los únicos ricos de la nación. Las opiniones de los judíos, para quienes no había más nobleza que la sacerdotal, les daban también grandes privilegios por medio de ricos enlaces. A veces se mezclaba con todo ello una avaricia sórdida, verdaderos robos hechos al pobre pueblo. El arriendo de los impuestos, plaga eterna de Oriente, creaba escandalosos abusos.

El gran sacerdote Onías (segundo o tercero de su nombre) se apropiaba de los tributos destinados al soberano, y por poco atrajo grandes

desdichas sobre Jerusalén. Su sobrino José, hijo de Tobías, hábil intriguante, aprovechándose de sus faltas, se insinuó en el favor de Tolomeo con bajezas y bufonadas, adquirió riquezas colosales y tuvo un hijo llamado Hircán que sobrepujo a su padre en flexibilidad y bribonadas. Después de una vida muy agitada, Hircán se edificó entre peñascos, por la parte de Hesebón, un asilo fortificado que asombra hoy a los viajeros. No tuvo tiempo de terminar esta lujosa guarida. Viendo que la dominación seléucida se afirmaba y se hacía definitiva, temió las represalias y se suicidó (175).

Es lógico que en un medio tan piadoso se produjesen grandes abusos, sin provocar viva reacción en el alto presbiteriado. Los tiempos muy religiosos, como los países muy religiosos, sufren sin perturbaciones grandes escándalos sacerdotales. El clero es más rebajado en los países creyentes que en los incrédulos. Aquel templo donde todo se vendía, aquellos malos *cohanim*, gozadores, ateos, materialistas, que explotaban la piedad de los devotos, engañaban a Dios y se apoderaban de las ganancias del sacrificio, no provocaban grandes protestas. Se creía que a Dios le honraban los homenajes de semejante canalla y se le daba el dinero sin reserva alguna. Había hombres respetables en el alto sacerdocio y con esto bastaba. En aquel tiempo sitúa la tradición judía la *gran sinagoga*, especie de mito a cuyo alrededor se agruparon los recuerdos de una transmisión ortodoxa de la *Thora*.

Al gran sacerdote Simeón el Justo se le tuvo por el último miembro de la gran sinagoga, y dejó una memoria muy honrosa. Fue casi la última figura bíblica, antes de los grandes rebajamientos de los tiempos asmóneos y herodianos. El templo le debió grandes reformas y la ciudad importantes obras públicas. Los recuerdos que de él tenemos lo presentan como hombre de suave devoción, enemigo de las exageraciones del misticismo. Se recordó sobre todo su majestad en las ceremonias del culto. Sirach hizo una composición poética que constituye el cuadro más perfecto del culto de Jerusalén en aquel tiempo.